

Los Libros Nuevos

DOS OPINIONES SOBRE LA JUSTICIA DE ENERO

APUNTES ACERCA DE UNA NOVELA

por

EMILIO CARBALLIDO

La justicia de enero, novela, de Sergio Galindo. Publicada por Fondo de Cultura Económica en su colección "Letras Mexicanas", Núm. 45. Aparecida, para el público, a mediados de abril de 1959.

Para mejor notar los especiales valores, las especiales características de esta obra, se ocurre un fácil recurso: compararla con lo que más decididamente NO es: con una novela policíaca. Y especialmente parece conveniente si se piensa que no faltarán lectores torpes (quizá pocos) que al hallar en las páginas persecución y policías se lancen a poner el más fácil membrete.

Una novela policíaca es un mundo donde hay pocos valores, pero clara, rotunda, melodramáticamente admitidos: justicia e injusticia, bien y mal, crimen y castigo. Hasta en los más altos exponentes del género: G. Greene, Simenon, hay una sólida base melodramática que dará la razón al policía (o su equivalente) y que condenará al criminal. Por supuesto, resulta obvio aclarar que no es novela policíaca cualquiera en la que aparezcan policías; que quienes clasifican dentro del género a, digamos, *Los hermanos Karamazov*, están tratando nada más de dar liebre por gato. Sería un error de juicio (y de información) tan grave considerar policíaca cualquier novela maestra sobre un crimen, como llamar melodrama el *Macbeth* porque en él hay puñales, truenos, brujas y asesinatos.

En la novela de Galindo hay un motor que lleva los temas esenciales de un punto a otro: la persecución de Claude Rennie. No es nada más un pretexto: los lectores y el autor sabemos tanto de él como sus seguidores. Vicioso, desequilibrado mental, infractor de las leyes migratorias, ¿asesino? Tal vez... o tal vez no... Nunca podríamos afirmarlo, aunque todo nos inclina a creer que sí; casi seguramente es culpable, *casi*. Y a la caza de su fantasma (caza tan evasiva y casual como puede serlo la evidencia de un delito) sale disparada la novela. Con este arranque empieza el verdadero motivo de lo que va a leerse: un elaborado, magnífico contrapunto en que van a cruzarse varios y diversos temas, y variaciones a temas, todos con un común denominador: la búsqueda (ya lúcida, ya oscura) de un valor absoluto.

El principal problema de la novela es la interrelación de dos caracteres de cuerpo entero: Héctor y Cecilia; y éste se ramifica en el profundo tratamiento de las madres de ambos, y de Bernardo, el sucesor ¿amoroso? de Héctor. Aquí está el gran gajo, el tema principal, el más rico y el más abundante tratado de la novela.

En el género policíaco abundan las escenas truculentas. Y entendemos que la truculencia es el uso de recursos sorprendentes, violentos, espectaculares, que se disparan por sí mismos, como fines. Esto, claro, los torna generalmente ilícitos.

Un tratamiento veraz, honrado y sensible vuelve lógicas, naturales, las más excesivas y violentas ocurrencias. Y esta novela es ejemplar en tal sentido: la escena de arrebató sexual ante el ataúd de Clara, el incendio del colchón y los golpes en la puerta en el hotel de ínfima clase, el depravado cabaret fronterizo, tienen tan sólo de excesivos y absurdos cuanto los ojos y la sensibilidad del personaje alcanzan a notar. Lo monstruoso es normal para quien vive dentro de ello, y es esto lo que constantemente logra transmitirnos Galindo en su *Justicia de enero*.

Y es ésta otra característica a observar: la prosa (siempre correcta y grata, brillante y rica con frecuencia, impulsada por un profundo instinto dinámico) no intenta convertirse jamás en retrato de las corrientes de pensamientos, y apunta apenas los monólogos interiores; porque se va moldeando, casi insensiblemente, al *estilo interior* de cada personaje, hasta que desaparece la presencia del autor y la página se vuelve relato objetivo y revelación interior a la vez, una unidad estilística y psicológica perfectamente caracterizada, en la cual el lector compartirá el pensar, el sentir, el desear, el ver del personaje. Es así como Galindo llega a colocarnos ante un conjunto de actitudes humanas que encaran, desde sus puntos relativos, la Justicia. Hay una, primordial, común a todos: "Aun el inocente tenía un temor, un miedo a no saber; expuesto a las arbitrariedades, al fuero. De pronto, uno se halla de ese lado. Te dan una placa, una credencial, una pistola. No tienes por qué temer a esos tipos de la ley. Eres uno de ellos." "La ciudad llena de un miedo absoluto a que de pronto alguien llegue al hogar de uno y penetre en esa intimidad de la ropa tirada, de los cajones llenos de pequeños secretos". Es así como siente Rivas, cuya brumosa historia de amor con la mujer que capturó es uno de los puntos más delicados de la novela.

Los demás personajes variarán: para el intersexual Del Campo, el puesto policíaco viene a ser una oportunidad de satisfacer sus vacilantes instintos; castigar también es la equivalencia de ser buen padre y buen empleado. Ferat busca el lucro pequeño, fácil, y encuentra de paso la evasión de una vida plana y estúpida; Ruiz Castro, "había buscado en las vidas ajenas el interés que había perdido en la propia por estar insatisfecho de sí mismo, por pensar que la

existencia debía tener una explicación más completa, un significado fijo que él no se había dado". Y los más complicados, los más violentos y complejos: Cecilia y Héctor. Ella anhela una paz, una belleza que no son sino sed de equilibrio entre ella y el mundo, entre sus valores ideales y la forma de realizarlos como vida diaria; por eso se ve en el caso de juzgar a su marido, a Héctor. El, en alguno de sus "deberes", mató a un soldado, y gracias a influencias esto no le acarreó mayor problema. Cecilia sabe que "nacemos expuestos a nuestra libertad", y opta por ser juez y verdugo: "Por esto te dejé, para castigarte. Porque pensé que podía hacerte justicia. Merecías el castigo y me di al primer imbécil que encontré, para lastimarte". Con esto, se destruye a sí misma, rompe el único vínculo sexual pleno y significativo de su vida, y se hunde en un mundo de promiscuidad, alcohol y desesperación.

Héctor avanza en un rencoroso, unilateral camino de venganzas y violencias contra sí mismo, a las cuales da rango de gestos con validez universal. Cecilia se desmorona, se dispersa; Héctor se petrifica, y al final, después de cometer a conciencia un asesinato (que él considera ejecución) se ve (y lo vemos) subir al pedestal ensangrentado: él es la Justicia de este mundo.

Entre otras muchas cosas, la novela de Galindo es un clamor por el individuo que va siendo ahogado en una creciente maquinaria, imperfecta, rechinante, cuyas piezas son hombrecillos voraces, falibles, comunes, pero dueños de un arma, de un poder y de un supuesto sentido. La novela es también una visión del Hombre ante la Culpa. Plantea problemas urgentes y les da la respuesta que se debe esperar de un novelista: la compleja y larga respuesta de 202 páginas que constituye la novela misma.

Habría que elogiar especialmente su estilo, nunca periodístico; por muy elogioso que algunos juzguen llamar periodístico a un estilo, las virtudes o defectos que esto implique no son aplicables a *La Justicia de Enero*. Si deducimos por la prosa periodística del mundo (no periódica, sino escrita por periodistas) veremos que tiene rapidez en vez de ritmo; una objetividad superficial; una gramática tan espontánea que casi siempre es dudosa; imágenes de indiscriminada calidad, predominando las discutibles; efectos fáciles y de diversas leyes. Y todo, como resultado de que dicha "velocidad" para contar, es más bien rapidez para mecanografiar. Hay quienes admiran este tipo de prosa, pero no es así como escribe Galindo, sino más bien del modo contrario: con ritmo y equilibrio; con imágenes certeras, seleccionadas en razón del enfoque psicológico de cada momento; con un cuidado y una tersura de forma que es evidente aun en las mayores (y voluntarias) asperezas.

La estructura es tal vez la que revele más inmediatamente al excelente novelista que hay en Galindo. Cuando la abundancia de anécdotas, de puntos de vista, se prestaría al caos, a los enlaces arbitrarios o a los desenlaces precipitados, lo vemos dueño de sus términos, de los momentos exactos para lle-

varnos y traernos con sus personajes, de la perfecta perspectiva y dimensión de cada uno de ellos. Y todo esto, muy especialmente en nuestra Novela Mexicana, es un mérito que debe señalarse con intensidad.

Y quizá deba decirse (¿se ha dicho ya? No lo creo) que entre muchas otras cosas, entre tantos reflejos de la justicia del mundo, de la conciencia del hombre, de los problemas universales, nos llega un feroz relámpago de la justicia mexicana, de sus leyes migratorias y de cómo son cumplidas. Sí, son más importantes los valores universales de la novela, pero puede resultar sospechoso si los cronistas olvidamos mencionar que es también (¿o quizás "ante todo"?) un reflejo de nuestra realidad nacional.

OTRA NOVELA DE SERGIO GALINDO

por

CESAR RODRIGUEZ CHICHARRO

El asunto, la fábula de *La justicia de enero*, del escritor veracruzano Sergio Galindo, gira en torno de la vida de cinco inspectores de Gobernación: Héctor Loeza, Pedro Ruiz Castro, Víctor Rivas, Gregorio Ferat y Del Campo.

Mediante un telón de fondo en perpetuo movimiento que nos lleva del presente al pasado y del pasado al presente, vamos viendo cómo viven esos cinco hombres, cuáles son sus móviles y cuál la idea que tiene cada uno de ellos del deber y de la justicia.

Héctor Loeza, un introvertido, un misántropo, rumia en silencio el dolor que le produjera la huída de Cecilia, su esposa. Esta, una ninfómana, no le perdonó que matara a un soldado. Mas ese, y Cecilia lo sabe, no es sino el motivo aparente por el que lo abandonara, el real es que lo hizo porque no la satisfacía sexualmente, porque ningún hombre podía satisfacerla sexualmente. El castigo de Cecilia consistirá en unirse a Bernardo, que tiene cuentas pendientes con la ley por haber asesinado a un borracho en San Diego, Cal. Héctor nunca conseguirá olvidar a Cecilia. Su idea (primitiva, brutal) de la justicia y el afecto que aún siente por Cecilia es lo único que tiene en la vida.

Pedro Ruiz Castro es un hombre prendado de su mujer que cumple a regañadientes su ingrata labor "detectivesca". Un día se atraviesa en su camino un personaje nebuloso, fantasmagórico: Claude Rennie Vossler. Para Pedro Ruiz Castro, Rennie será el símbolo del mal. Se le persigue por no tener en regla su pasaporte y por vicioso. Pedro, con todo, está convencido de que el francés asesinó a dos ancianas, con las que viviera algún tiempo, para robarlas. Y esa idea lo obsesiona: tiene que encontrarlo y es preciso que no lo deporten, sino que lo metan en la cárcel. Pero cuando aprehende a Claude, todo